

La Monarquía

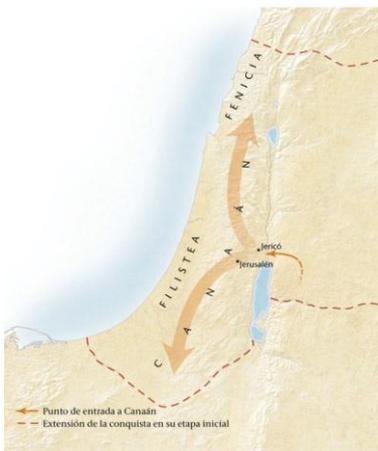
1. Antecedentes

Dios sacó de Egipto a un grupo de esclavos para hacer con ellos un pueblo, su pueblo por la Alianza. Ahora veamos cómo ese pueblo se estableció en la tierra que Yahveh le dio en cumplimiento de antiguas promesas. Aquella experiencia maravillosa del Éxodo, llega ahora a su plenitud con la posesión de la tierra prometida.

La entrada en la tierra supone un cambio muy grande en las costumbres y en las estructuras sociales de un pueblo que va pasando de la vida nómada del desierto, a la vida sedentaria de las ciudades de Canaán. Un acontecimiento tan importante no puede realizarse sin una verdadera crisis.

La misma fe en Yahveh debía ser vivida ahora de una manera muy distinta, teniendo en cuenta que para los antiguos “el dios” siempre estaba vinculado al lugar o a la situación. Por lo tanto el mismo Yahveh podía ser sustituido por cualquiera de esos dioses regionales que se adoraban en Canaán y a quienes se pedía la lluvia y la fecundidad de la tierra. Teóricamente eso era impensable pero de hecho constituyó una gran tentación para los israelitas que no dejaban de preguntarse si Yahveh podría “competir” con los dioses cananeos de la fecundidad.

El establecimiento de los israelitas en la tierra sigue un proceso largo, con diferentes etapas, y que terminará en la organización completa en tiempos de la monarquía.



a. La conquista de la tierra

El Deuteronomio terminaba con la delegación del mando de Moisés a Josué. El libro de Josué tiene como tema central la entrada de Israel en la tierra prometida por Yahveh a Abraham y la conquista por la fuerza de manos de aquellos que la poseían. Es el regalo de Dios a su pueblo. De este modo se pone de relieve la fidelidad de Dios que cumple verdaderamente su palabra. Pero al mismo tiempo se muestra también la fidelidad del pueblo a Yahveh.

La primera impresión que deja la lectura del libro es que el Pueblo de Dios conquistó toda la tierra de una manera fácil y en poco tiempo. Es intención del autor mostrar a Dios actuando en la historia para dar a su pueblo la tierra. Para que esto aparezca claramente el autor deja de lado las dificultades que esa conquista tuvo y que se insinúan en algunos textos (Jos 13,6; 19,47; 9,3-27).

Si la entrada en la tierra de Canaán tiene para Israel sentido de verdadera epopeya, no debe sorprendernos que el relato de la conquista recuerde de diversas maneras el Éxodo. Así vemos un paralelo entre el paso del Mar Rojo (Éx 14,15-30) y el cruce del Jordán (Jos 3,1-4,18); la celebración de la Pascua en Egipto (Éx 12-13) y en Canaán (Jos 5,10ss); la teofanía (manifestación de Dios) a Moisés (Éx 3) y a Josué (Jos 5,13-16); etc., para culminar ambos relatos con la celebración de la Alianza (Éx 19,1-8 y Jos 24,1-28).

El libro de Josué termina con una solemne alianza en el santuario de Siquén (Jos 24,1). Toda alianza supone un beneficio salvífico antecedente: el Éxodo para la del Sinaí, las victorias sobre los reyes amorreos de Jesbón y Basán para la de Moab y la

conquista de la tierra de la promesa para la de Siquén. En Siquén todas las tribus de Israel se comprometen con Josué a seguir fieles a Yahveh y dejar a los otros dioses. Esta alianza consagra la fe en Yahveh, único Dios de la confederación. En realidad, debemos afirmar que Sinaí, Moab y Siquén no son tres alianzas, sino que las dos últimas son renovaciones de la primera.

b. Los Jueces

El fervor con que el pueblo renovó su alianza con Dios y el entusiasmo que causaba haber visto en el desierto las maravillas obradas por Yahveh hacía esperar de Israel un largo tiempo de fidelidad en el servicio de Dios. Pero cuando murió aquella generación que “había visto”, surgió otra nueva que “no conocía” a Yahveh. Cuando el pueblo pierde de vista lo que Dios ha hecho en su historia se aleja de Él para dirigirse a los dioses cananeos, dioses menos exigentes y aparentemente más generosos en los dones de la naturaleza, como Baal, muy conocido y adorado por los vecinos de Israel.

El libro de los Jueces relata la historia de este tiempo según un esquema constantemente repetido: idolatría de Israel, castigo de Dios en forma de opresión por los enemigos, arrepentimiento del pecado y clamor al Dios de los padres, Yahveh manifiesta su perdón suscitando a un juez que lo libera. Después de un período de fidelidad recomienzan las infidelidades y se repite el esquema, tal como sucede en nuestras vidas.

Los cananeos defendieron tenazmente su tierra frente a invasores poco organizados políticamente y mal armados. Las tribus de Israel no tenían entre sí mayor cohesión, ya que formaban una especie de federación sin un gobierno central. El único vínculo de unidad era la fe en Yahveh, pero esa misma fe estaba en crisis.

Los jueces eran caudillos carismáticos, cuyo sentido no era exclusivamente religioso. Surgían en medio de su pueblo en los momentos de calamidad y se constituían en defensores del pueblo oprimido. Se ponían al frente de una o más tribus y luchaban por la libertad de sus hermanos. Cuando el peligro había pasado volvían a su tierra y a sus ocupaciones. Los jueces, son hombres de su tiempo y participan de la rudeza de costumbres de sus contemporáneos.

c. Samuel

Samuel es el último de los jueces de Israel (y para muchos el primer profeta según el sentido técnico de la palabra) y tiene un significado especial porque ejerce el sacerdocio en el santuario de Silo y es profeta en una época en que la Palabra de Dios eran muy poco frecuente. A eso se agrega que a Samuel le toca guiar el cambio fundamental que significó para los israelitas el paso desde la confederación de tribus hacia el gobierno unificado por un rey, como sucedía en las naciones de ese tiempo.

Nuevamente las situaciones que surgen, las dificultades concretas, las soluciones posibles son el marco de la acción de Dios en la historia, y también ahora Yahveh se hace presente con su fuerza y con su poder. Israel tiene una gran dependencia con los filisteos, quienes guardan celosamente un secreto que les significa una gran ventaja comercial y militar: la fabricación del hierro (1Sam 13,19-22).



La respuesta de Dios a su pueblo está en 1Sam 9,15-16. Por la semejanza de este texto con Éx 3,7-10 nos damos cuenta de que para Israel tener un rey es una obra salvadora comparable a la salida de Egipto.

2. Los reyes

a. Saúl, el primer rey

Dos tradiciones distintas nos presentan a Saúl. Una, antimonárquica, pinta a Samuel criticando la petición del pueblo (1Sam 8; 10,17-27; 12). La otra tradición, más antigua y popular, a favor de la monarquía (1Sam 9,1-10,16; 11,15). La explicación de la divergencia entre estas dos tradiciones es que la monarquía fue inicialmente liberadora, frente a la amenaza de los filisteos, pero más tarde se convirtió en instrumento de opresión. La figura de Saúl hace que Israel logre la unidad frente al peligro extranjero. Quizá por la debilidad de carácter no logró más que una débil confederación política, pero preparó el camino a la unidad que realizó David, la última de las grandes figuras carismáticas en la vida política de Israel.

b. David - Salomón

David comienza a surgir como un líder en Israel durante el reinado de Saúl y va ganando prestigio mientras declina la figura del rey. David comienza su reinado en Hebrón sobre las tribus del sur, más tarde las tribus del norte lo ungirán rey, con lo cual se unifica todo Israel.



A esto sigue la conquista de Jerusalén, y su erección como capital del reino. Pero Jerusalén tiene también un sentido religioso, sobre todo después del traslado del Arca de la Alianza. El Arca es el testimonio de la Alianza y signo de la presencia de Dios en medio del pueblo. El hecho de que en Jerusalén se encuentre el Arca la convierte en “Ciudad Santa”.

La nueva situación exige una renovación de la Alianza, como sucede siempre que comienza en Israel una etapa nueva. De ahí la importancia que tiene el pacto de Yahveh con David, después del traslado del Arca (2Sam 7). A la propuesta de David de edificar a Yahveh una “casa” (templo), Dios le responde dando a David una “casa” (dinastía). La promesa de Dios señala primeramente a Salomón, hijo y sucesor de David, pero también a los que vendrán después. Jesús, “hijo de David” (Mt 1,1.17; 21,9; 22,42 etc.), es el que más tarde realizará plenamente lo anunciado por el profeta Natán.

La Alianza con David ya no es con las tribus confederadas, sino con el rey. De esta manera el rey asume al pueblo y es al mismo tiempo el representante de Dios en medio de su pueblo.

Salomón es ungido rey hacia el 960 a.C. El viejo rey, da a su hijo las últimas instrucciones con un lenguaje que recuerda la despedida de Moisés (1Re 2,1-9 y Dt 31,17-23). La situación próspera ayuda a Salomón a emprender grandes obras de distinta naturaleza, entre las cuales sobresale la construcción del Templo, al cual se traslada el Arca de la Alianza, y del palacio real. Israel conoce su época de mayor esplendor durante el reinado de David y Salomón. Pero el ritmo acelerado y fastuoso de las construcciones resulta muy pesado para el pueblo. Además, según las costumbres orientales, Salomón tiene un gran harén, integrado por muchas mujeres extranjeras que tienen sus dioses, hacia los cuales inclinan el corazón del rey. De esta manera comienza

la decadencia política, económica y, sobre todo, religiosa que se manifestará con la división del reino a la muerte de Salomón (922 a.C.). El reino quedó dividido de la siguiente manera: en el sur Judá, con capital en Jerusalén, y en el norte, Israel, con capital en Samaría. En Judá, seguirá reinando el descendiente de David.

Como fuerza unificadora de todo Israel, la monarquía duró sólo un siglo, pero marca profundamente al pueblo porque encarna un ideal de nación que nunca más volverá a realizarse en la dimensión política, pero que ayudará a descubrir el sentido del futuro reino mesiánico.

c. Las funciones del rey

Israel, toma la monarquía como forma de gobierno, copiándose de sus pueblos vecinos, pero le da una fisonomía propia. En los otros pueblos, el rey se considera un dios, en cambio, para Israel el rey es signo de la presencia de Dios. Los israelitas siempre consideraron que Dios era el único Rey. El rey es miembro del pueblo, elegido por Dios para realizar sus designios. Para los otros pueblos, el rey es fuente de leyes, no tiene ataduras morales, su poder es absoluto. Para Israel, el rey está sujeto a la Ley, igual que el resto del Pueblo, cuando se aparta de ella los profetas lo amonestan en nombre de Dios. Como representante de Dios debe estar totalmente al servicio del pueblo. En Israel hay una gran conciencia de la dignidad del hombre a imagen de Dios para dominar todas las cosas. Todo esto redundará en una gran exigencia de justicia social y de defensa del débil. La protección de los débiles es tan importante que es la clave para valorar un gobierno y si falta ya no se justifica que el rey siga gobernando. Para los otros pueblos, el rey es el salvador; para Israel el que salva es Dios por medio del rey, por eso vinculado al rey surge el concepto del Mesías como Salvador (ver unidad 8).